

NUESTRO SEÑOR QUETZALCÓATL

De Guillermo Schmidhuber

Finalista en el Premio Tirso de Molina de Madrid 1979

A todos aquéllos que aún compartimos
la amistad de Quetzalcóatl

Acto primero
Quetzalcóatl, el hombre
Año 1 Caña, 985 d.C.

Acto segundo
Quetzalcóatl, el mito
Año 1 Caña, 1519 d.C.

PERSONAJES

Viejo, abuelo de 65 años
Hombre, 40 años
Joven, 16 años
Niño, 12 años
Madre, 35 años
Xóchitl, una prostituta, 35 años

PERSONAJES

Viejo, abuelo de 65 años
Hombre, 40 años
Joven, 16 años
Niño, 12 años
Madre, 35 años
Xóchitl, una prostituta, 35 años

En ambos actos, la madre y Xóchitl comparten una misma actriz. Los personajes masculinos son representados por los mismos actores.

Epílogo: *El último creyente*, Año 1 Caña, 1571

PERSONAJE: Niño, sobreviviente

Un juego continuo de luces, colores y puentes de sombra hará que los personajes vuelvan a la vida. No debe existir escenografía, sólo algunos objetos: una mesa, unos bancos, unos cántaros. El vestuario recordará al de la época. En el primer acto, sobrio; en el segundo, rico. Es indispensable un contrapunto musical. Durante el segundo acto habrá cinco máscaras funerarias como decorado, que son usadas para cerrar la obra.

A manera de prólogo

Al escribir teatro histórico, el autor dramático recorre un camino contrario al del historiador, ya que sólo busca una experiencia artística y no hacer ciencia del pasado. El dramaturgo quiere entender las personas que vivieron la historia, el historiador, los factores que la determinaron. Aquél quiere una radiografía subjetiva que muestre solamente las motivaciones de un grupo social; éste, una fotografía de los hechos para que generaciones futuras comprendan las circunstancias idas. Si a la mitad del camino los dos se encuentran, es hermoso; si no, nada se ha perdido.

La era de Quetzalcóatl terminó dramáticamente el 13 de agosto de 1521; ese fue el

doloroso nacimiento de una civilización —no una cultura—. Desde entonces nos hemos encontrado si un «Quetzalcóatl», y nuestra historia ha ido trastabillando, como tantas historias latinoamericanas hermanas, sin encontrar ni una mística ni una ascética.

Desde el momento en que comencé a barruntar esta obra —1975—, anduvo por mi mente la tentación de agregarle un tercer acto que hiciera analizar el presente que vivimos en nuestro México. Quizá tú, lector/público, puedas escribir tu propio tercer acto. Encuentra tu papel: un viejo, una mujer, un joven, un niño. Y vive la experiencia de buscar tu propio «Señor Quetzalcóatl». Yo aún no lo he encontrado del todo, pero mi tercer acto está en perenne puesta en escena.

Guillermo Schmidhuber de la Mora

ACTO PRIMERO

Quetzalcóatl, el hombre

Año 1 Caña, 985 después de Cristo¹

Escena I. Viejo, Niño y Joven

VIEJO.— [*Intentando trabajar el barro con una vasija invertida en vez de torno*] ¡Decididamente no puedo! [*Continúa con torpeza.*]

NIÑO.— ¡Mira que fácil es! Le das vueltas y vueltas y el barro toma forma. [*Lo hace con gran destreza.*]

VIEJO.— [*Lo abandona.*] Ya me cansé de hacerlo. Nunca aprenderé.

NIÑO.— Pero si comenzamos a aprender juntos y yo ya he hecho varias vasijas.

VIEJO.— ¡Es que no me interesa aprender!

NIÑO.— ¿Por qué no aprendiste a hacer vasijas cuando eras niño?

VIEJO.— [*Molesto.*] Porque en esos años no se requerían vasijas.

NIÑO.— ¿En qué cocinaban?

VIEJO.— Asábamos la carne en las brasas.

NIÑO.— Entonces, ¿qué hacías cuando eras niño?

VIEJO.— Ya te lo he dicho muchas veces: cazaba, pescaba. No teníamos casa, andábamos por todos lugares y por ninguno.

NIÑO.— ¿Eras tan pobre que no tenías casa?

VIEJO.— En esos años no había ricos ni pobres, todos éramos iguales, nadie tenía casa.

NIÑO.— ¿Dónde dormían?

VIEJO.— Hay tantos lugares en donde se puede dormir, además de una casa.

¹ Estrenada el 18 de mayo de 1979, por el Grupo de Teatro de la Universidad Mexicana del Noroeste, en Monterrey, Nuevo León. **Sinopsis:** El impacto familiar de una tradición viva y de otra enferma. El primer acto presenta una familia que vive la tentación y caída del sacerdote-dios en Tula; el segundo acto sucede en el período de la conquista, cuando se palpa la desintegración social por la tradición perdida. El padre mata al emperador Moctezuma con su honda. Los personajes son iguales en número y edad en ambas familias: un padre, una madre, dos hijos y un abuelo, además de la amante del padre (una misma actriz para la madre y la amante). En el Epílogo, el niño que vivió la conquista va creciendo y se convierte en el último creyente.

NIÑO.— [*Con entusiasmo.*] ¡Debe haber sido muy interesante! Andar siempre de paseo.

VIEJO.— Mi padre me enseñó a lanzar piedras, él era un magnífico tirador de honda. No había animal que se le escapara.

NIÑO.— ¿No cazaba con arcos y flechas?

VIEJO.— Entonces no había arcos ni flechas, no los necesitábamos.

NIÑO.— [*Con fastidio.*] No iban a la escuela, ¿verdad?

VIEJO.— ¿Para qué? Todo lo que necesitábamos lo aprendíamos de nuestros padres.

NIÑO.— Me hubiera gustado vivir entonces, cuando Quetzalcóatl aún no había llegado.

JOVEN.— [*Entrando.*] ¡Qué tontería es esa! Todo se lo debemos a Quetzalcóatl.

NIÑO.— Yo no sé cazar, ni seguir una pista en el campo, como mi abuelo.

JOVEN.— Si no platicaras tanto ya habrías enseñado a «mentir al barro».²

NIÑO.— [*Burlón.*] El que no ha aprendido es el abuelo, ja, ja.

JOVEN.— [*Con rigor.*] Quetzalcóatl nos ha enseñado a respetar a los viejos.

VIEJO.— No me llames viejo hasta que puedas ganarme en la caza.

JOVEN.— No quise ofenderte, pero es que me desespera. ¡Todo pregunta, todo investiga!

VIEJO.— Está aprendiendo a vivir.

JOVEN.— Yo fui más discreto.

NIÑO.— Es que tuviste la suerte de no tener un hermano mayor, ja, ja.

JOVEN.— [*Le quiere pegar y el Niño corre divertido.*] ¡Te voy a enseñar lo que significa tener un hermano mayor! [*Lo alcanza y lo trae de una oreja, cerca del Viejo.*]

NIÑO.— ¡Abuelo, abuelo, ayúdame o tu nieto se queda sin oreja!

VIEJO.— ¿Por qué te voy a ayudar si te burlaste de mí?

NIÑO.— ¡No me burlé, no me burlé! Te lo juro. [*El Viejo lo libera.*]

VIEJO.— Déjalo, es un niño.

NIÑO.— Ya no soy un niño. [*Se soba la oreja.*] Tú me has contado que a mi edad salías de cacería solo y regresabas con grandes piezas. ¡Y a mí no me dejan salir del pueblo!

VIEJO.— Es que entonces no había pueblo. ¿No comprendes que todo era diferente?

JOVEN.— No comprende, cree que todo es como cuando él nació. No tiene respeto ni para Quetzalcóatl.

VIEJO.— [*Inquisitivo.*] Tú admiras mucho a ese hombre, ¿verdad?

JOVEN.— [*Vehemente.*] ¡Es maravilloso! Habla tan calmado y me hace analizar tantas cosas. No sabes cuánto envidia a papá cuando platica con él. Es tan alto y se ve tan majestuoso con su larga barba.

VIEJO.— No niego que sea un hombre inteligente.

NIÑO.— No es tan inteligente; porque no sabe cazar ni seguir una huella.

JOVEN.— ¡Él no nació para ser cazador! Él es un hombre especial. Todo lo que somos, se lo debemos.

VIEJO.— No todo.

² Frase original tomada del náhuatl. En adelante todas las frases con comillas francesas son originales de escritos protomexicanos.

JOVEN.— ¡Abuelo!

VIEJO.— Antes que Quetzalcóatl llegara, sobrevivíamos sin él; por lo tanto algo teníamos.

JOVEN.— Quetzalcóatl nos ha enseñado a leer el cielo, la música, a cultivar el maíz, a trabajar el barro, todo, todo.

NIÑO.— El abuelo me ha enseñado cosas que no sabe Quetzalcóatl.

JOVEN.— ¡Cállate y no digas estupideces!

NIÑO.— Apuesto a que Quetzalcóatl no sabe diferenciar una huella de venado de una de conejo.

VIEJO.— Ja, ja, ja.

JOVEN.— [*Estruja al Niño.*] ¡Ya me colmaste la paciencia! [*Al Viejo.*] Deberías reprenderlo en vez de reír.

VIEJO.— Lo que dijo a nadie daña.

JOVEN.— No me gusta que hable así de Quetzalcóatl.

NIÑO.— [*Dolido.*] Digo la verdad.

JOVEN.— No critiques a una persona con la que no has cruzado palabra.

NIÑO.— Tú tampoco has hablado con él, no sé de qué me presumes.

JOVEN.— Pero pronto me va a llamar, ya estoy en edad.

NIÑO.— Quetzalcóatl no te conoce, y tú no hablas más que de él.

JOVEN.— ¡Si me conoce, papá le ha hablado de mí!

NIÑO.— Abuelo, ¿verdad que no lo conoce?

VIEJO.— Como conoce a todos los jóvenes del pueblo.

JOVEN.— No es cierto, me conoce mejor.

NIÑO.— Eso es lo que tú crees. ¡Lo que pasa es que estás enamorado de él, ja, ja! [*Intenta huir y el joven lo golpea.*]

VIEJO.— ¡No le pegues, es un niño!

NIÑO.— [*Llora hipócritamente.*] Es cierto... nada más de él hablas.

MADRE.— [*Entrando.*] ¡Ya se volvieron a pelear!

NIÑO.— [*Corriendo a abrazarla.*] ¡Me pegó, me pegó!

MADRE.— [*Con ira.*] ¡Ya te he dicho que no lo toques!

JOVEN.— [*Calmado.*] Me insultó.

MADRE.— ¡Que te pudo haber dicho un niño! [*Silencio.*]

VIEJO.— [*Insinuoso.*] Algo interesante.

JOVEN.— ¡No lo repitas, abuelo!

MADRE.— ¿Qué dijo?

JOVEN.— [*Al Viejo.*] Te prometo que no le vuelvo a pegar.

NIÑO.— [*Burlón.*] Dije que estaba enamorado de Quetzalcóatl.

JOVEN.— ¡No es cierto! ¡No es cierto!

MADRE.— [*Al Niño.*] ¿De dónde sacaste esa tontería?

VIEJO.— Ya cálmense, no es para tanto.

MADRE.— ¿Dime de dónde la sacaste?

NIÑO.— [*Mintiendo.*] Se me ocurrió.

MADRE.— Sé que estás mintiendo.

NIÑO.— [*Nervioso.*] No, de veras.

MADRE.— Me vas a decir de dónde lo sacaste o te voy a castigar!

NIÑO.— Me lo dijo alguien.

MADRE.— ¿Quién fue?

NIÑO.— Una mujer.

VIEJO.— Esto se pone interesante.

MADRE.— ¿Quién fue?

NIÑO.— [*Apurado.*] Una mujer que se llama... Xóchitl. [*Sorpresa general.*]

MADRE.— ¿Dónde la viste?

NIÑO.— [*Mintiendo.*] En el pueblo.

MADRE.— No es cierto, esa mujer no puede entrar al pueblo, ¿dónde la viste?

NIÑO.— [*Suplicante.*] ¿Te digo y no me castigas?

MADRE.— Dímelo y después veremos.

NIÑO.— Al otro lado del río...

MADRE.— [*Con ira.*] ¡Te he prohibido que salgas del pueblo!

NIÑO.— Seguí la pista de un venado.

VIEJO.— ¿Y lo encontraste?

NIÑO.— No, porque cruzó el río y...

JOVEN.— Y tú lo seguiste...

NIÑO.— Y allí la encontré. ¡Es hermosa!

MADRE.— No quiero que la vuelvas a mencionar. [*Muy molesta.*]

NIÑO.— Fue muy buena conmigo.

MADRE.— No quiero oír más.

NIÑO.— [*Con picardía.*] Me dijo: tu hermano parece que está enamorado de Quetzalcóatl; no se quiere fijar en mí. [*El Joven se ruboriza.*]

MADRE.— [*Cortante.*] ¡Basta!

VIEJO.— [*Riendo.*] Mi nieto menor se está pareciendo a mí, ja. ja. [*El Joven se retira un poco.*]

NIÑO.— ¿Por qué no puedo hablar de Xóchitl?

MADRE.— [*Perdiendo la paciencia, al Viejo.*] Explíqueme usted el porqué. [*Saliendo.*] Voy a preparar las tortillas. [*Mutis.*]

VIEJO.— Bueno... Xóchitl no es buena. [*Silencio.*]

NIÑO.— ¿Ha robado?

VIEJO.— No precisamente. [*Pausa.*]

JOVEN.— [*Con vehemencia.*] ¡Es una prostituta! Se le paga por hacer el mal.

NIÑO.— [*Sincero.*] No entiendo.

VIEJO.— Ya entenderás cuando crezcas.

HOMBRE.— [*Entra exclamando.*] ¡Traigo la mejor de las noticias!

JOVEN.— Estabas con Quetzalcóatl, ¿no es cierto?

HOMBRE.— ¡Por eso es buena noticia! [*Al Niño.*] Llama a tu madre. [*Sale el Niño.*]

JOVEN.— [*Muy interesado.*] ¿Qué es? [*Entran la Madre y el Niño.*]

HOMBRE.— [*A la Madre.*] Ven aquí. Hoy comienza una nueva etapa en esta casa.

Quetzalcóatl quiere ver a nuestro hijo mayor. [*La Madre se regocija y abraza al Hombre.*]

JOVEN.— [*Con gran asombro.*] ¿A mí?

HOMBRE.— Eres mi hijo mayor y ya es tiempo de que comiences a ser hombre.

MADRE.— ¡Mi hijo ya es un hombre! [*Lo abraza y el Joven, sintiéndose mayor, se separa.*]

JOVEN.— [*Al Hombre.*] ¿Cuándo veré a Quetzalcóatl?

HOMBRE.— Mañana temprano.

NIÑO.— [*Con burla al Viejo.*] Si sin verlo estaba como enamorado.

MADRE.— ¡Cállate!

VIEJO.— [*Con un dejo de amargura.*] Hay más fiesta hoy en esta casa que el día en que nacieron mis nietos.

HOMBRE.— Con la guía de Quetzalcóatl mi hijo aprenderá a hacer «sabio el rostro y firme el corazón», y llegará a ser importante.

VIEJO.— ¿A dónde puede llegar? Cuando más a ser el segundo personaje del pueblo.

HOMBRE.— [*Conteniendo la ira.*] ¿Te parece poco?

VIEJO.— [*Con frustración pero violentamente.*] ¿A mí? ¡Demasiado poco!

La última luz ilumina al grupo familiar. Oscuro.

Escena II. Viejo y Niño

La oración de cada personaje está dirigida hacia una luz que poco a poco va naciendo atrás del público.

VIEJO.— ¡Tezcatlipoca, dios de las tinieblas y de la guerra! Tú fuiste en mi infancia mi dios y secretamente lo sigues siendo. ¡Ayúdame! Tu enemigo se ha apoderado de nuestro pueblo. No dejes que Quetzalcóatl envuelva en sus creencias a mis nietos como lo ha hecho con mi hijo. ¡Qué natural era todo antes, cuando creíamos en el dios sol y la diosa luna, y el dios río, y la diosa serpiente! ¡Y sobre todo los dioses, tú, oh dios de la noche y de los tiempos idos! Ahora Quetzalcóatl nos enseña que sólo hay un dios, pero tú y yo sabemos que es mentira, una mentira blasfema y venenosa que pudre a nuestro pueblo y que lo llevará a la ruina. ¡Tezcatlipoca, toma mi vida pero cuida de los míos!

Sigue su oración inaudible para el público.

NIÑO.— ¡Diosito, te quiero pedir perdón por haber cruzado el río, pero ahí hay más caza! Déjame ir de vez en cuando, sin que nadie se entere, y haz que encuentre siempre una magnífica pieza... no me refiero a Xóchitl. ¡Claro! Yo sé que mi padre nunca ha cruzado el río, pero he espiado al abuelo y he visto que va a la tierra prohibida. ¿Irá de cacería o a ver a Xóchitl? Nunca ha regresado con un animal... ¡Diosito, ayúdanos a todos... incluyendo a mi hermano, porque es el que más te necesita! [*Oscuro.*]

ESCENA III. Viejo y Xóchitl

VIEJO.— ¡Xóchitl! [*Más alto.*] ¡Xóchitl!

XÓCHITL.— [*Misma actriz de Madre.*] ¡Viejo sinvergüenza, me habías olvidado! Creí que ya habías caído en las garras de Quetzalcóatl.

VIEJO.— No lo nombres, que en mi casa ese hombre ha cambiado todos los corazones.

XÓCHITL.— ¿Incluyendo el de tu nieto mayor?

VIEJO.— A veces no sé quién está más endiosado, si él o mi hijo.

XÓCHITL.— Tu nieto es bello, lo he visto desde lejos, más bello de lo que fue Quetzalcóatl.

VIEJO.— ¡Xóchitl, te necesito más que nunca!

XÓCHITL.— [*Con burla.*] Ya estás viejo para esas fiebres.

VIEJO.— No es eso, vengo a pedir tu ayuda. Intercede de nuevo por mí con Tezcatlipoca.

XÓCHITL.— ¿Por qué no lo buscas tú?

VIEJO.— Tú habitas sus terrenos y tienes relaciones con los pueblos que le siguen siendo fieles. Yo nunca lo he visto. Mi padre lo vio un día, él me lo contó cuando era yo un niño.

XÓCHITL.— ¿Qué quieres que le diga a Tezcatlipoca?

VIEJO.— Que ahora sí estoy dispuesto a todo, que ese hombre de barba debe ser destruido.

XÓCHITL.— Ya te he dicho que la solución es matarlo.

VIEJO.— Muchas veces he rumiado su muerte, pero cuando amanece siento un gran miedo. El dios sol debe protegerlo.

XÓCHITL.— Mátalo mientras duerme.

VIEJO.— Vive en un gran palacio con guardianes, no sé si duerma. Poco come y mucho se sacrifica. Se dice que nunca ha estado con una mujer.

XÓCHITL.— [*Con rencor.*] Nunca se ha dignado visitarme.

VIEJO.— ¿A ti? Ja, ja, ja. Me has hecho reír. Tú eres para hombres como yo, que vivimos para calentar un poco nuestra sangre. [*La toca insinuante.*]

XÓCHITL.— [*Se retira con violencia.*] Yo sé cuándo me mira un hombre y cuándo me mira un dios. Quetzalcóatl es un hombre como tú y yo sé cómo transformarlo en barro.

VIEJO.— [*Muy interesado.*] ¿Cómo?

XÓCHITL.— [*Coqueta.*] Ja, ja. Nunca lo sabrás.

VIEJO.— ¡Dímelo!

XÓCHITL.— Tendrías que prometerme algo.

VIEJO.— Pide lo que quieras, ahora accederé a todo.

XÓCHITL.— [*Lúbrica.*] Que le hables a tu nieto bien de mí.

VIEJO.— ¿Qué pretendes?

XÓCHITL.— Hacerlo hombre. Si quieres la ayuda de Tezcatlipoca y la mía, tienes que decidir. Yo me encargo de todo. Solamente mándame a tu nieto. Eso significará que hemos cerrado el trato. ¡Quetzalcóatl se está volviendo viejo y pronto pasará a la «región de los descarnados», y Tezcatlipoca volverá a poseer los pueblos que se le han quitado! [*Oscuro.*]

Escena IV. Hombre y Viejo

HOMBRE.— [*Entrando.*] Padre, te he buscado toda la mañana. Quería que nos acompañaras con Quetzalcóatl para compartir este gran día.

VIEJO.— [*Mintiendo.*] Anduve en el pueblo.

HOMBRE.— ¡Fue extraordinario! Estoy orgulloso de mi hijo. Quetzalcóatl quedó maravillado de su inteligencia.

VIEJO.— Espero que sea mayor que la tuya para que no siga tus pasos.

HOMBRE.— [*Resentido.*] ¡Me prometiste no volver a tocar ese tema!

VIEJO.— ¿Y ver cómo mi familia y mi pueblo son devorados por un loco?

HOMBRE.— ¡Un santo!

VIEJO.— Un santo loco o un loco santo, como quieras, pero ha destruido a mi mundo.

HOMBRE.— Padre, pero antes, ¿quiénes éramos? Vivíamos en un mundo de hechicería y de misterio. Ahora sabemos tantas cosas, sabemos que el sol es una estrella y no un dios. Quetzalcóatl nos ha enseñado a leer el cielo y...

VIEJO.— Y nos ha hecho olvidar la tierra.

HOMBRE.— ¿No te gusta la música? Quetzalcóatl ha enseñado a «cantar a la madera». El maíz antes era un dios y ahora sabemos cómo sembrarlo. Nuestras manos eran torpes, hoy hacemos tejidos y creamos belleza. Él nos ha legado «la flor y el canto».

VIEJO.— [*Interrumpiendo.*] Pero no sabemos ni siquiera lanzar una piedra.

HOMBRE.— ¿Para qué? En la doctrina de Quetzalcóatl no existe la violencia. Hoy le dijo a mi hijo. [*Con gran emoción.*] «Haz de ser humilde y menospreciado; y si tu cuerpo cobrara brío o soberbia, castígale y humíllate; mira que no te acuerdes de cosa carnal, desecha de ti los apetitos sensuales y briosos».³

VIEJO.— [*Con ira.*] ¡Estamos tan ciegos! ¡Y tú más que ninguno! ¿Quién eres? Un criado de un extranjero. Ese hombre no es como nosotros. Es un ser extraño de gran barba y piel blanca. No sabemos de dónde viene. Salió del mar, de donde nace el sol. Quiere que la luz aclare las sombras, pero él es una sombra viviente.

HOMBRE.— [*Dolido.*] Mi mayor alegría sería verte convertido a la doctrina de Quetzalcóatl.

VIEJO.— ¡Esa es mi mayor tristeza! Te vi perderte y ahora estoy viendo perderse a mis nietos. Mi mundo ha muerto. Ya no existe. Quetzalcóatl viene de un mundo de sombras y yo voy a otro. ¿Sabes lo que es la muerte? La imposibilidad de decidir, y tú y yo ya la hemos alcanzado.

HOMBRE.— [*Violento.*] ¡No es cierto!

VIEJO.— [*A gritos.*] ¡Ya no decides, todo de lo deciden!

HOMBRE.— [*Combatido.*] ¡Soy feliz!

VIEJO.— ¿Lo serás cuando llegues a viejo como yo y veas que te vivieron la vida?

HOMBRE.— ¡Cuando sea viejo no seré como tú!

³ Fray Bernardino de Sahagún. *Historia general de las cosas de la Nueva España* (México: Porrúa, 1975. Edición preparada por Ángel María Garibay) 404.

VIEJO.— ¡Serás peor, porque más has ambicionado! Y sentirás que se te fue la vida sin llegar a tener frutos. ¿Crees que no sé de tus escapadas con Xóchitl? Allá donde se «cruzan los caminos». [*Pausa.*] Y eso no es lo que tú pregonas como la felicidad. ¡Pero aún así lo necesitas! [*Oscuro.*]

Escena V. Madre sola

MADRE.— ¡Gracias, dios de Quetzalcóatl, dador de la vida, por este día tan feliz! Ver a mi hijo hecho un hombre y al otro queriendo adelantar la vida. Y mi marido ser nuestro cariñoso sostén. ¡Cuídalos a todos! [*Se le quiebra la voz.*] No quiero llorar de felicidad. ¡Qué torpe! Tanto se llora de infelicidad, que hay que aprender a reír cuando se es feliz. ¡Dioses de mi infancia, no os sintáis ofendidos! Si existís, Quetzalcóatl debe ser vuestro sol. Una madre no puede sino cuidar de su familia. Cuidad de los míos, uniros a Quetzalcóatl, y, juntos, guiad a mi familia por el sendero de la libertad, lejos de las sombras y cerca de la luz. [*Oscuro total.*]

Escena VI. Madre, Joven y Viejo

MADRE.— [*Explotando.*] ¡Maldito, has traído la desgracia a esta casa! ¡Tú que ayer hablabas de ser como Quetzalcóatl! Ni siquiera has sido como tu abuelo, que se esconde en la noche para cruzar el río. ¡No, a la mitad del día y a la vista del pueblo!

JOVEN.— ¡Mamá! [*Llora.*]

MADRE.— ¡No me llames madre, reniego de ti!

JOVEN.— ¡Mamá, escúchame! ¡Te necesito! No sé qué me pasó; el abuelo...

MADRE.— ¡Cállate! No ensucies este hogar con tus palabras.

JOVEN.— Mamá, si tú no me puedes perdonar, ¿qué hará Quetzalcóatl?

MADRE.— ¡Te expulsará del pueblo!

JOVEN.— ¡Si lo hace no es un santo!

MADRE.— ¡Y se olvidará de que existes!

JOVEN.— ¡No, eso nunca! Lo necesito ahora más.

VIEJO.— [*Entrando.*] ¿Qué son esos llantos?

MADRE.— [*Con reproche.*] Su nieto que siguió sus pisadas al río.

VIEJO.— [*Seco.*] Mi nieto tiene que crecer, aprender a multiplicarse y a morir.

MADRE.— ¡Esto es el resultado de su influencia maldita!

VIEJO.— No me culpes, culpa a la naturaleza humana.

MADRE.— ¡Váyase de esta casa! Usted ha pervertido a mis hijos.

JOVEN.— ¡Cállense! [*Con gran dolor.*] ¡Yo no nací para cosas grandes! ¡Me voy! No puedo enfrentarme a Quetzalcóatl. Cruzaré el río y todo será como cuando el abuelo era niño [*Intenta salir.*]

HOMBRE.— [*Entrando.*] ¿A dónde vas? [*Nadie responde.*] Quetzalcóatl está aquí y te

llama.

JOVEN.— ¿Para qué? Dile que se olvide de que existo.

HOMBRE.— [*Seco.*] Te ha perdonado y quiere verte.

JOVEN.— [*Perplejo.*] ¡No podría ni mirarle a los ojos!

VIEJO.— [*Muy sorprendido.*] ¿Lo perdonó?

HOMBRE.— [*Con un dejo de rencor.*] Ves cómo Quetzalcóatl es maravilloso.

VIEJO.— ¿Nada recriminó?

HOMBRE.— Ni una palabra.

VIEJO.— Y tú, ¿cómo reaccionaste? [*Silencio.*]

HOMBRE.— ¿Yo? Como Quetzalcóatl.

JOVEN.— [*Con rencor.*] ¡Mientes, me maldijiste!

HOMBRE.— ¡Cállate!

JOVEN.— ¡Me voy para siempre, pero antes veré por última vez a Quetzalcóatl! Si él me perdonó, también ustedes podrían haberme perdonado. [*Mutis.*]

MADRE.— ¡Hijo! [*Lo sigue.*]

VIEJO.— ¿De verdad lo perdonó?

HOMBRE.— [*Sin emoción.*] Sí.

VIEJO.— ¿Y no dijo nada?

HOMBRE.— Dijo que ahora podría ser más santo, porque tendría que aprender a ser humilde.

VIEJO.— ¿Cuándo lo maldijiste? [*Silencio.*]

HOMBRE.— [*Seco.*] Antes de que Quetzalcóatl llegara.

VIEJO.— ¿Dónde estaban?

HOMBRE.— [*Resentido.*] En el tianguis, frente a todo el pueblo. Lo maldije porque me defraudó, creí que era mejor que yo, y no lo es.

VIEJO.— Es igual que todos. Aun Quetzalcóatl podría tener una caída.

HOMBRE.— ¡Quetzalcóatl, no! Él llegó después, cuando mi hijo ya se había ido, y frente a todos lo perdonó.

VIEJO.— Quetzalcóatl también es humano, ¿no ves que es voluble? Antes mostraba preferencia contigo. Ahora la gente rumora que ha cambiado; ya no te llama tan a menudo.

HOMBRE.— [*Con gran ira.*] ¡No es cierto!

VIEJO.— Hasta tu hijo compite con ser el favorito.

HOMBRE.— ¡Yo soy su discípulo predilecto!

VIEJO.— Te contradijo frente a todo el pueblo.

HOMBRE.— Me recriminó porque no supe perdonar... [*Resentido.*] Me puso en ridículo, a mí... a su mejor amigo.

VIEJO.— Vamos a ponerle una prueba; si es dios, sobrevivirá; si es hombre, caerá como hemos caído tú y yo y todos.

Puente de luz.

Escena VII. Xóchitl sola en oración

XÓCHITL.— ¡Tezcatlipoca, dios benévolo! Vuelve tus ojos hacia esta hija tuya, la única de este pueblo que perseveró en tu fe y que siempre ha estado contigo. Así nací y así pienso terminar mis días para pasar algún día a habitar la «región de los descarnados». ¡Tezcatlipoca, apiádate de ésta, tu sierva fiel, la única que supo de tus sacrificios! Yo te acompañé en tu huida, cuando llegó Quetzalcóatl. Pero ahora tú, oh Dios de la noche, vas a dar prueba de tu poder al destruir a ese hombre barbado. ¡Ahora que nuestro enemigo va a ser derrocado, encuéntrame un lugar en ese nuevo mundo que está por nacer! [*Oscuro.*]

Escena VIII. Joven, Niño y Viejo

JOVEN.— [*Entra muy sofocado.*] ¿Dónde está papá? [*El Niño trabaja el barro.*]

NIÑO.— [*No muy alegre.*] ¿Volviste? No sabes cumplir lo que prometes.

JOVEN.— [*Con desesperación.*] ¡Cállate! Necesito a papá.

NIÑO.— Búscalo de este lado del río, del otro ya lo debes haber buscado.

JOVEN.— ¡Estúpido! ¿Dónde está el abuelo?

NIÑO.— Preguntas necias...

JOVEN.— [*Con gran dolor.*] ¡Quetzalcóatl ha caído!

NIÑO.— ¿De dónde?

JOVEN.— ¡Nunca vas a crecer!

NIÑO.— Para qué, Xóchitl puede esperar.

JOVEN.— [*Muy herido.*] ¡No la menciones!

NIÑO.— Ayer no pensabas igual. [*Entra el Viejo.*]

VIEJO.— ¡Qué pasó!

JOVEN.— ¡Abuelo, todo se ha perdido! [*Lo abraza llorando.*] ¡Quetzalcóatl está en el tianguis, desnudo y ebrio. Frente a todo el pueblo fornicó.

VIEJO.— ¿Él?

JOVEN.— ¡Con Xóchitl! Y ahora ronca como un animal.

VIEJO.— ¡Por fin ha caído! ¡Ahora volveremos a ser libres!

JOVEN.— [*Con gran tristeza.*] ¿Lo seremos de verdad alguna vez?

VIEJO.— ¡Xóchitl triunfó y con ella nuestro dios Tezcatlipoca... y yo! ¡Yo también he triunfado! Regresan los dioses de mi niñez y de mis padres. ¡Quetzalcóatl cayó, no era un dios, a pesar de su música y de su maíz y de su misterio y de su barba y de su castidad! [*Oscuro.*]

Escena IX. Familia completa

EL Joven y el Niño trabajan el barro. La Madre permanece cerca del Hombre.

HOMBRE.— Nada ha cambiado. El bien sigue siendo el bien y el mal

sigue siendo el mal.

VIEJO.— [*Jovial.*] ¡Pero ahora el aire es libre y liviano!

MADRE.— ¡Usted nunca aprenderá a callar!

VIEJO.— ¿A callar? El fuego, la tierra y las estrellas han vuelto a vivir y a ser dioses; Quetzalcóatl los había matado. Antes vivíamos rodeados de seres muertos.

MADRE.— ¡No es cierto, nada ha cambiado en el pueblo! Quetzalcóatl nos dejó un camino. Ya no se encuentra entre los vivos, pero aún vive en nosotros.

HOMBRE.— Ya hace muchos días que Quetzalcóatl se fue a la playa de donde provino.

JOVEN.— [*Con ira contenida.*] ¡No tienen otro tema!

MADRE.— Perdona, hijo.

HOMBRE.— ¿Te molesta?

JOVEN.— ¡Según ustedes nada ha cambiado! Solamente que Quetzalcóatl ya no está con nosotros.

HOMBRE.— Nosotros lo hubiéramos perdonado, pero él decidió incinerarse en la playa para purificarse.

JOVEN.— [*Con rabia.*] ¡Debió haber prendido fuego al pueblo para que todos nos purificáramos!

VIEJO.— ¡Cálmate!

JOVEN.— [*Al Viejo.*] ¡Tú, más que nadie, eres responsable de su caída!

VIEJO.— ¿Yo?

JOVEN.— Todo fue una trampa. ¿Creen que no me di cuenta? [*Mira al Hombre.*] Mi padre y tú la tendieron... y yo llevé el mensaje. ¡Me usaron para destruir a mi mejor amigo! ¿Quién le dio el pulque? [*Al Hombre.*] ¡Fuiste tú! ¿No es cierto? Quetzalcóatl no lo conocía, ni sabía lo que era el peyote.

VIEJO.— ¡Nadie lo obligó a beber; Quetzalcóatl lo decidió!

JOVEN.— ¿Para qué fue el espejo? [*Pausa.*] ¡Cobardes, no tienen valor ni para confesarlo!

HOMBRE.— ¡Para que Quetzalcóatl se viera y descubriera su decadencia! Ya no era el joven que llegó hace muchos años.

VIEJO.— Cuando se vio en el espejo se horrorizó; por primera vez se dio cuenta de que la vida lo abandonaba.

JOVEN.— ¡Y entonces bebió! ¿Qué le prometieron? ¿Vida eterna?

VIEJO.— Un poco de juventud; y eso no fue mentira, se sintió joven y bello de nuevo, y descubrió lo que es una mujer.

JOVEN.— Todo estaba preparado para su caída. Esperaron hasta que fuera débil, cuando más necesitaba de nosotros... ¡Y ahora, nada ha cambiado!

VIEJO.— Ese fue el destino de Quetzalcóatl. [*Silencio.*]

MADRE.— Ahora el que importa es el tuyo.

JOVEN.— ¡Yo... yo no tengo valor... ni para incinerarme! [*Sale con violencia.*]

HOMBRE.— ¿Qué le pasa?

MADRE.— [*Con tristeza.*] «Ha olvidado cómo dialogar con su propio corazón».

NIÑO.— [*Pícaro.*] Es que Xóchitl ya no le hace caso, como se va a casar...

MADRE.— ¡Cállate!

VIEJO.— [*Al Niño.*] Estos problemas te han hecho entender la vida.

MADRE.— Siento a mi hijo lejos de Quetzalcóatl y cerca de Tezcatlipoca...

VIEJO.— ¡Es la juventud!

MADRE.— Mi corazón de madre me dice que es infeliz, y que fue el único que perdió el rumbo cuando nuestro señor Quetzalcóatl voló al cielo.

VIEJO.— Pronto se le pasará; ahora lo que importa es que mi hijo es el primer personaje del pueblo.

HOMBRE.— Es extraño que los dos seres más importantes de nuestro pueblo, Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, estando muertos, sigan manejando nuestras vidas. Quetzalcóatl decía: «Se puede destruir a un hombre, pero no las ideas que le dan vida». ¡Ahora estamos solos! ¡Yo soy el responsable de nuestro pueblo y nunca podré ser tan grande como Quetzalcóatl! ¡Pero tenemos el camino seguro y no perderemos el rumbo! [*Oscuro.*]

Escena X. Joven solo

JOVEN.— [*Con intensa emoción.*] ¡Quetzalcóatl! ¿Dónde estás? ¿Me escuchas? Todos creen que estás muerto; pero no es cierto. Sólo yo sé que aún vives. Te seguí hasta la playa donde nace el sol. Te rogué que volvieras y no quisiste. Te ayudé a colocar una gran pira. Pasaron muchos días, hasta que una mañana me pediste que volviera al pueblo. Fingí hacerlo y esperé escondido. Encendiste la hoguera; su luz era tan intensa como el sol; de noche opacaba las estrellas. Esa noche los cielos eran exactamente iguales a la noche en que llegaste con nosotros. Tú me lo habías explicado. En la alborada apareció tu estrella favorita: la Estrella de la Mañana, y brilló más intensa que nunca. En el mar apareció una isla flotante y misteriosa. Se acercó hasta la orilla. De ella bajaron unos hombres de barba como tú, y con ellos te fuiste.

¡Huiste! ¡Nos abandonaste! En el pueblo todos pensaron que tus cenizas volaron por los aires, pero sólo yo sé la verdad. ¡Quetzalcóatl!, ¿dónde estás ahora? ¿Eres feliz? Aquí eras casi un dios; y allá, en la tierra de los hombres barbados, ¿quién eres? Un día me dijiste que no se debía mirar al pasado; que tú ya lo habías olvidado; pero me mentiste, regresaste. ¿Eres allá rey por lo menos? Cuando estuvimos esos últimos días solos me contaste muchas cosas. Me dijiste que no habías podido enseñar a mentir a tu barro, que eras de tierra, y que no pudiste cambiar de forma; que dos veces lo habías intentado y habías fracasado. Yo compartí una, pero, ¿y la otra?... ¿La primera?... ¿Qué pasó? ¿Fue la que te trajo con nosotros? Yo te rogué que te quedaras con nosotros, y tú me dijiste que habías perdido el rumbo y ya no podrías ser guía; que volvías en busca de la luz. Y entonces repetiste la promesa que tantas veces nos habías dicho: que un día, hombres barbados como tú, volverían a pisar estas tierras. Pero, mientras tanto, ¡qué será de mí! Todos han comenzado a creer en ti como en un dios convertido en estrella. Pero yo, que sé la verdad, ¿en qué puedo creer? Nunca seré tu seguidor, pero siempre seré tu amigo, tu único amigo. Ahora no sé qué camino seguir. ¡Necesito tu guía! Recuerdo que me decías: «Dime a quién

oras y te diré quién eres», y yo ya no sé orar. ¡Quetzalcóatl!... ¡Quetzalcóatl!

Oscuro total. Fin del Acto Primero.

ACTO SEGUNDO

Quetzalcóatl, el mito

Año 1 Caña, 1519 después de Cristo

Escena I. Toda la familia

NIÑO.— [Mientras el Joven practica con la flauta.]

Tengo mucha hambre.

MADRE.— No podemos cenar hasta que llegue tu padre. *[Arregla la casa.]*

NIÑO.— ¡Pero tengo mucha hambre!

VIEJO.— No exageres.

NIÑO.— [Con susurro.] Con esa flauta se va hacer el tiempo eterno.

JOVEN.— [Deja de tocar.] ¡Te oí!

NIÑO.— [AL Viejo.] Por lo menos sabemos que no es sordo.

JOVEN.— ¡Ni tu mudo, precisamente!

MADRE.— ¡Dejen de discutir! *[AL Niño.]* ¡Y tú no critiques a tu hermano! Voy a preparar la cena. *[Mutis.]*

NIÑO.— [AL Viejo, con tedio.] Cuéntame una historia de guerreros.

VIEJO.— Ahora no, ¿no ves que tu hermano está practicando?

NIÑO.— [Con voz fuerte.] De todas maneras no progresa.

JOVEN.— Y tú ¿progresas? *[Vuelve a tocar.]*

NIÑO.— Sigo tus pasos.

JOVEN.— [Perdiendo la paciencia.] Abuelo, ¿qué pecado cometerías para merecer un nieto así?

NIÑO.— ¡Anda, abuelito, cuéntame una historia!

VIEJO.— Les voy a contar una historia... ¡Ya sé! La creación del quinto sol.

NIÑO.— [Con desgano.] ¡De religión, no! Mejor de guerra. *[EL Joven ha continuado con su flauta.]*

VIEJO.— Parece mentira que no les interese la religión.

NIÑO.— No cuando tengo hambre.

VIEJO.— [Socarrón.] Le voy a decir a tu madre.

NIÑO.— ¡A mamá, no! Bueno, cuenta la historia, pero que no sea larga.

JOVEN.— [Intenta salir.] Mejor e voy a practicar fuera.

VIEJO.— [Aparentemente enfadado.] Ya son varias veces que sucede lo mismo. *[AL Joven.]* Alguna vez serás abuelo y tendrás que saber contar historias.

JOVEN.— [Con desgana.] Está bien. *[Se sienta y juguetea con la flauta.]*

VIEJO.— «Cuando aún era de noche, cuando aún no había día, se reunieron, se convocaron

los dioses, allá en Teotihuacan».⁴

NIÑO.— [*Interrumpiendo.*] Mejor cuéntenos la historia de Quetzalcóatl.

JOVEN.— [*Con desgano.*] ¡Eso pasó hace muchos siglos!

VIEJO.— Vamos a ver si se acuerdan, ¿quién creó a los hombres?

NIÑO.— [*Rápido.*] Huitzilopochtli.

JOVEN.— [*Inmediatamente después.*] Quetzalcóatl.

VIEJO.— Ya se te olvidó la historia.

NIÑO.— ¡No es cierto. Los dioses se reunieron y dijeron que era malo que estuvieran solos, entonces Quetzalcóatl juntó los huesos de los tres soles anteriores...

JOVEN.— [*Cortando.*] Cuatro soles.

NIÑO.— [*Continuando.*] Cuatro soles anteriores, y con ellos creó a los hombres.

JOVEN.— ¡Te faltó que se sangró su miembro y que las abejas le ayudaron!

NIÑO.— [*Atropelladamente.*] Además robó el maíz para dárnoslo y nos enseñó a leer los cielos y a contar los días. [*Sarcástico.*] Y, por desgracia, a tocar la flauta.

JOVEN.— ¡De todo eso nada has aprendido!

NIÑO.— ¡Papá tampoco sabe!

JOVEN.— Pero él sabe otras cosas.

NIÑO.— Yo practico todos los días a tirar con la honda.

JOVEN.— ¡Nunca llegarás a ser tan buen tirador como papá!

NIÑO.— Puedo aprender.

JOVEN.— ¿Para qué? Nunca serás un gran guerrero.

NIÑO.— Abuelo, ¿verdad que es mentira?

VIEJO.— ¡Ya perdimos el hilo de la historia! [*Entra el Hombre.*]

NIÑO.— ¡Por fin cenaremos!

JOVEN.— ¡Qué bueno que llegaste!

MADRE.— [*Entrando.*] La cena estará lista en cuanto tortee.

NIÑO.— ¿Qué hay para cenar?

MADRE.— Quisiera ver pasar un día en que no tuvieras hambre.

NIÑO.— [*Socarrón.*] Es que la flauta me da un hambre.

HOMBRE.— ¡Silencio, todos! Les quiero comunicar una noticia extraordinaria. ¡En el mar, en donde nace el sol, han visto islas flotantes con hombres bárbaros como Quetzalcóatl!

VIEJO.— [*Con gran pavor.*] ¡Quetzalcóatl ha regresado!

JOVEN.— ¿Cómo te enteraste?

HOMBRE.— Lo supe por alguien que lo oyó en el palacio de Moctezuma.

VIEJO.— ¡El final de los tiempos ha llegado!

MADRE.— [*Con temor.*] Si son amigos de Quetzalcóatl no hay por que tenerles miedo.

JOVEN.— ¡Claro que no!

HOMBRE.— Yo no estaría tan seguro. Nadie da más de lo que espera recibir.

VIEJO.— ¡Quetzalcóatl, sí!

HOMBRE.— Ahora la vida es diferente. Si Quetzalcóatl hubiera vivido en nuestros tiempos

⁴ Informantes de Sahagún, *Código Matritense de la Real Academia*, folio 180, en Sahagún, Op. Cit.

no habría hablado de religión, ni se habría incinerado.

MADRE.— ¡No hables así delante de los muchachos!

HOMBRE.— No sabemos quienes son esos hombres. Podrían no ser amigos de Quetzalcóatl, o, aun siéndolo, podrían decidir traicionar a su maestro. Los poderosos solamente confían en la certeza; son los débiles los que confían en la incertidumbre. ¡Y nosotros somos un pueblo poderoso!

Oscuro.

Escena II. Madre sola

MADRE.— ¡Quetzalcóatl, dador de la vida, iluminad nuestro camino ya que desde el inicio de nuestra historia habéis sido nuestro dios! Aunad vuestro esfuerzo al de todos los dioses y haced que esos hombres barbados regresen a su mundo. Evitad que Huitzilopochtli dios de la guerra, monte en cólera. Cuidad a mi familia; a mi esposo dadle amor hacia los suyos; a mi hijo mayor, empeño; a mi hijo menor, discreción, y a mí dadme perseverancia para llevar a mi familia adelante. [*Oscuro.*]

Escena III. Niño y Viejo

NIÑO.— ¡Quiero ir a la fiesta de Huitzilopochtli!

VIEJO.— Cuando crezcas podrás ir.

NIÑO.— Pero si ya sé comportarme con los grandes.

VIEJO.— Serás considerado adulto cuando puedas ir a la guerra.

NIÑO.— ¿Cuándo pueda matar?

VIEJO.— Cuando puedas defenderte solo y defender a tu pueblo.

NIÑO.— Abuelo, ¿qué se siente matar a alguien?

VIEJO.— Nada.

NIÑO.— Algo se ha de sentir.

VIEJO.— Miedo a que tú seas el muerto.

NIÑO.— ¿No te da lástima el otro?

VIEJO.— No existe el otro; sólo eres consciente de ti mismo.

NIÑO.— ¿Por qué siempre estamos en guerra?

VIEJO.— Necesitamos prisioneros; tú lo sabes.

NIÑO.— Y si no hay sacrificios humanos, ¿no vuelve a salir el sol?

VIEJO.— No.

NIÑO.— ¿Quetzalcóatl también hacía sacrificios humanos?

VIEJO.— [*Incómodo.*] No, él no.

NIÑO.— ¿Por qué no se paró el sol entonces?

VIEJO.— [*Perdiendo la paciencia.*] ¡No lo sé! ¡Tú única forma de platicar es haciendo

preguntas! ¿No conoces otra manera de conversa? [*Pausa.*]

NIÑO.— Abuelito, ¿son papá y mamá felices?

VIEJO.— ¡Claro que sí! ¿Por qué lo preguntas?

NIÑO.— Porque mamá quiere a Quetzalcóatl y papá, no.

VIEJO.— Cada uno lo quiere a su manera. [*Pausa.*]

NIÑO.— ¿Por qué papá no quiere a los amigos de Quetzalcóatl?

VIEJO.— No sabemos quiénes son.

NIÑO.— ¿También Moctezuma quiere a Quetzalcóatl?

VIEJO.— Sí.

NIÑO.— Entonces, ¿por qué tenemos sacrificios humanos?

VIEJO.— [*Sincero.*] Hay cosas que un día entenderás, cuando seas grande como tu padre; aunque después, cuando llegues a ser viejo como yo, volverás a tener las mismas dudas. Las preguntas durante la vida son siempre las mismas; las respuestas son las que van variando. Unas temporadas convencen y otras no.

Puente de luz.

Escena IV. Hombre y Viejo

HOMBRE.— No creo que esos hombres barbados sean amigos de Quetzalcóatl. ¡Han avanzado demasiado! Deberíamos haberlos detenido hace muchos días.

VIEJO.— Moctezuma es un emperador cauto.

HOMBRE.— A veces creo que cobarde.

VIEJO.— ¡Cállate! Te pueden oír.

HOMBRE.— ¡Que me oigan! Si Cuitláhuac tuviera el poder, otra cosa sería. ¡Haberlos recibido con regalos!

VIEJO.— Eso demuestra que Moctezuma es inteligente. Tiene que averiguar si vienen de parte de Quetzalcóatl.

HOMBRE.— Quetzalcóatl murió hace muchos siglos. Fue un hombre como tú y como yo, y por generaciones lo hemos deificado.

VIEJO.— ¡No blasfemes! Hay demasiadas señales que anuncian su retorno. La cuenta de los destinos lo afirma. Tú mismo viste luces en el cielo.

HOMBRE.— No reconozco a otro dios que a Huitzilopochtli, él nos llevará a la guerra.

VIEJO.— Eso es lo que me da miedo, Huitzilopochtli no es otro que Tezcatlipoca, y cuando los dioses pelean, los hombres mueren.

HOMBRE.— ¡Corazonadas de cobardes! La única ley que existe es la de la fuerza. ¿Cómo llegamos a conquistar este imperio? Con las armas.

VIEJO.— Y con la religión.

HOMBRE.— No fueron los dioses, sino el mismo Moctezuma quien se colocó en el poder, y bien sabes que mató a su hermano por ambición.

VIEJO.— Esa historia es falsa.

HOMBRE.— Niégala si quieres, pero la guerra se gana con la guerra.

VIEJO.— Temo que acabemos en una gran hoguera. Si los extranjeros son amigos de Quetzalcóatl, todo esfuerzo será en vano.

HOMBRE.— Si Moctezuma no reacciona tendremos que quitarlo del poder. Cuitláhuac podría dominarlos y así tendríamos un pueblo más que nos pagara tributo.

VIEJO.— [*Con miedo.*] ¿Y si fuera el propio Quetzalcóatl quien regresa a castigarnos?

HOMBRE.— Nadie ha vuelto de la «región de los descarnados».

VIEJO.— [*Sincero.*] Hemos fundamentado nuestro mundo en la guerra. A veces he pensado que los sacrificios humanos no son pedidos por los dioses para alimentar el sol, sino que son una patraña para lograr prisioneros y vivir en una eterna guerra.

HOMBRE.— ¡Somos poderosos; eso es lo que importa!

VIEJO.— Si de verdad creyéramos que sin corazones humanos el sol sale, tendríamos que suicidarnos como Quetzalcóatl, en un acto de fe.

HOMBRE.— Si eso crees, mejor vete con los viejo. [*Pausa.*] Esta noche voy a reunirme con un grupo de amigos para obligar a Cuitláhuac a tomar el poder.

VIEJO.— [*Con desesperación.*] ¡Ya no sé lo que creo! ¡Vivimos como si no hubiera existido Quetzalcóatl!

HOMBRE.— Entonces, ¿ya no contamos contigo? [*Pausa.*]

VIEJO.— ¡Ya casi perdí la fe en los dioses! Sólo me queda por perder mi libertad. [*Con indecisión.*] ¡Cuenta con este viejo! [*Con gran tristeza.*] «Hay aurora de guerra en la ciudad».

Oscuro.

Escena V. Joven y Niño

JOVEN.— Te busqué toda la mañana, ¿dónde estabas?

NIÑO.— ¿Dónde había de estar? Viendo la llegada de los extranjeros.

JOVEN.— Mamá nos prohibió que fuéramos.

NIÑO.— ¡Y perderme la diversión!

JOVEN.— Pudo haber habido peligro.

NIÑO.— ¿Cuál? Alguna patada de sus «teúles».

JOVEN.— ¿Los viste?

NIÑO.— [*Con orgullo.*] Y los toqué.

JOVEN.— ¿Los tocaste? ¿Cómo son?

NIÑO.— Tienen la piel más tersa que mi «tzcuintli», los músculos tensos como los de un guerrero, y los ojos tristes y grandotes como los de Xóchitl.

JOVEN.— [*Muy sorprendido.*] ¿La conoces?

NIÑO.— Si en lugar de dedicarte a la flauta abrieras los ojos.

JOVEN.— Nunca se lo digas a papá... ni a mamá. Es mejor aparentar que no lo sabemos.

NIÑO.— ¿Desde cuándo papá?...

JOVEN.— [*Cortando.*] No lo sé.

NIÑO.— Tiene con ella un hijo de mi edad, ¿verdad?

JOVEN.— [*Cambiando de tema.*] Cuéntame lo que viste, yo sólo de lejos divisé el desfile.

NIÑO.— [*Con entusiasmo.*] Hablan extraño, sin cantar. Yo primero pensé que eran de una pieza, con todo y «teúl», pero se pueden separar. [*Lo explica con mímica.*] Vienen sin mujeres, aunque hay una que habla como nosotros. Me dijo que...

JOVEN.— [*Muy sorprendido.*] ¿Hablaste con ella?

NIÑO.— ¡Claro!

JOVEN.— No te creo.

NIÑO.— Me regaló esto. [*Le enseña una pequeña cruz.*] Me dijo que se lo dio uno de los hombres barbados.

JOVEN.— Déjame verlo. [*El Niño la esconde.*]

NIÑO.— [*Juguetón.*] No, es mío.

JOVEN.— ¡Déjame verlo!

NIÑO.— ¿Qué me das si te lo enseño?

JOVEN.— Te doy tres flechas.

NIÑO.— Dame la honda que te dio papá.

JOVEN.— ¡Estás loco!

NIÑO.— Como quieras. Es la figura de su Quetzalcóatl.

JOVEN.— [*Duda.*] Está bien, te doy la honda. [*Toma el crucifijo.*] ¿Qué es esto?

NIÑO.— Un hombre traspasado de pies y manos.

JOVEN.— ¿Muerto?

NIÑO.— ¿Qué pregunta!

JOVEN.— Los extranjeros aman de una manera extraña a sus dioses. [*Desilusionado.*] Esto no vale la honda.

NIÑO.— ¡Tú me la prometiste!

JOVEN.— Te la doy si me cuentas algo que valga la pena.

El niño con entusiasmo cuenta, mientras simula jugar con una espada.

NIÑO.— Usan unos cuchillos grandes que brillan con el sol. Tienen el cuerpo blanco, dos brazos y dos piernas como nosotros, pero lo cubren con tela y adornos que brillan como plata. Les crece pelo por todo el cuerpo.

JOVEN.— [*Pícaro.*] ¿Todo?

NIÑO.— No vi todo, pero me lo imagino.

JOVEN.— ¿Qué pensará Moctezuma?

NIÑO.— Los recibió en su palacio.

JOVEN.— ¿Serán las jóvenes de los extranjeros más bonitas que las nuestras?

NIÑO.— Espero que sí, porque tu amiguita deja mucho que desear.

JOVEN.— ¡Te voy a enseñar a respetar! [*Se cierra la escena cuando el Joven pretende alcanzar al Niño que escapa.*] ¡No te voy a dar mi honda!

NIÑO.— ¡Mamá! ¡Mamá! [*Oscuro.*]

Escena VI. Xóchitl y Hombre

XÓCHITL.— [*Coqueta.*] Ja, ja, ja. Esos celos me excitan.

HOMBRE.— [*Con ira.*] ¿Por qué te acostaste con esos hombres?

XÓCHITL.— Fue una forma de saber si eran hombres, ja, ja.

HOMBRE.— [*La estruja.*] ¿Disfrutaste?

XÓCHITL.— ¿Quieres saberlo?

HOMBRE.— Más que conmigo?

XÓCHITL.— ¿De verdad quieres saberlo?

HOMBRE.— ¡Dímelo!

XÓCHITL.— Son maravillosos. Conocí a uno, no a Malintzin, a otro, con el pelo y la barba dorados como el sol, y me hizo el amor.

HOMBRE.— ¡Eres una ramera!

XÓCHITL.— Y lo disfruto. Tu mujer es la que no conoce el amor. Si no, ¿para qué me buscas?

HOMBRE.— No la menciones.

XÓCHITL.— Mi nombre es Xóchitl [*Con orgullo.*] que significa flor. Xóchitl, como la mujer que se acostó con Quetzalcóatl. Y de mi nacerán grandes frutos; de tu esposa sólo nacerán abrojos. Porque, ¿sabes una cosa? Los extranjeros tienen algo que ni tú ni tu esposa tienen: «sabios los rostros y firmes los corazones». Lo que tenía Quetzalcóatl cuando vivió entre nosotros al inicio de nuestra historia.

HOMBRE.— Tú eres la que menos puede hablar así.

XÓCHITL.— Yo deseo «flores que duren en mis manos». [*Con sinceridad.*] Ojalá haya un lugar para mí en este mundo que nace, porque el nuestro ha muerto.

HOMBRE.— ¡Mientes! Aún somos un pueblo poderoso.

XÓCHITL.— ¡Qué Quetzalcóatl se apiade de nosotros, porque los extranjeros ponen su corazón «endiosado en las cosas», y nosotros ya olvidamos como «dialogar con nuestro corazón»! [*Oscuro.*]

Escena VII. Niño y Madre

NIÑO.— [*Entra llorando con gran desesperación.*] ¡Mamá! ¡Mamá!

MADRE.— [*Con gran sobresalto.*] ¿Qué te pasa?

NIÑO.— ¡Lo han matado!

MADRE.— ¿A quién?

NIÑO.— ¡A mi hermano!

MADRE.— [*Con gran dolor.*] ¡No es cierto!

NIÑO.— ¡Lo vi! Estábamos en el templo mayor en la ceremonia de Huitzilopochtli y llegaron los extranjeros. ¡A todos los mataron! A mí me vieron pero no quisieron matarme.

MADRE.— ¡Mi hijo no puede morir!

NIÑO.— La sangre corría por las escaleras; a muchos de los sacerdotes los tiraron al vacío desde arriba del templo.

MADRE.— ¡Oh, dioses! No permitáis que esto suceda, regresad el tiempo, volved a los extranjeros al mar y hundid sus «islas de agua». ¡Mi hijo no puede morir, apenas comenzaba a vivir [*Llora.*]

NIÑO.— No llores, mamá.

MADRE.— [*Reaccionando.*] ¿Y tu padre?

NIÑO.— No lo he visto.

MADRE.— Me siento sola.

NIÑO.— Yo estoy contigo.

MADRE.— ¡No quiero quedarme sola! ¡Quetzalcóatl, maldito! ¡Si sois dios, destruid a esos hombres barbados que han venido a traer tanto dolor a esta casa! ¡Vos que construisteis este mundo, no podéis haber regresado a destruirlo! [*Llora. Oscuro.*]

Escena VIII. Hombre y Viejo

HOMBRE.— Mi hijo estaría vivo si hubiéramos apoyado a Cuitláhuac.

VIEJO.— Ya nada se puede hacer.

HOMBRE.— Aún queda una esperanza, somos un pueblo guerrero.

VIEJO.— Eso, si Moctezuma muere... pero está herido y no sabemos de qué gravedad.

HOMBRE.— [*Con rencor.*] ¡No sé cómo se atrevió a salir a calmar a nuestro pueblo a pesar de la matanza en el Templo Mayor!

VIEJO.— [*Con gran dolor.*] ¡No hay una familia sin duelo!

HOMBRE.— ¡Moctezuma, cobarde!

VIEJO.— Yo no vi miedo en su rostro, estaba sereno cuando la piedra le pegó en el rostro.

HOMBRE.— [*Con horror.*] Si, estaba sonriente...

VIEJO.— A lo mejor los dioses quieren que nos dobleguemos a los extranjeros.

MADRE.— [*Entrando intempestivamente.*] ¡Haberlo decidido antes! ¡Así mi hijo aún estaría vivo! A ustedes los hombres se les va en hablar. Los extranjeros tienen más fe en ustedes que yo: ellos sí creyeron en un atentado y por eso mataron a mi hijo. [*Se acerca el hombre a consolarla.*] ¡No te acerques! ¿Crees que no sé que estabas con esa mujer mientras mataban a tu hijo. [*Pausa. Con voz ronca.*] ¡Por eso aún estás vivo! [*Pausa.*]

VIEJO.— No es momento de desunir la familia.

MADRE.— ¿Hemos estado unidos algunas vez? Me siento cada vez más lejos de mi familia y de los dioses.

VIEJO.— Tenemos que aprender, como los niños a andar solos en este nuevo mundo.

MADRE.— ¡Y ver matar a mis hijos y desaparecer mi pueblo! [*Con voz ronca.*] ¡Malditos!

HOMBRE.— [*Colérico.*] ¡Cállate! No me hagas hablar...

MADRE.— ¿Qué puedes decir en tu defensa? ¡Te odio! ¡Qué los hijos de tu otra mujer se mueran como se ha muerto mi hijo!

HOMBRE.— ¡Tú no comprendes!... ¡Yo lancé con mi honda la piedra que hirió a Moctezuma en la frente!

MADRE.— Muchos lanzaron piedras y flechas

HOMBRE.— [*Con gran certidumbre.*] ¡Yo sé cuando mi mano da en el blanco! [*Silencio.*]

MADRE.— ¡Bendita mano que me da tanta paz! Texcatlipoca debió de guiar su trayectoria. [*Entra el Niño muy agitado, interrumpiendo la escena. Cambiando de tono.*] ¿Dónde andabas? Me tenías preocupada.

NIÑO.— [*Nervioso.*] Me voy a acostar.

MADRE.— ¡Mi niño!

Intenta abrazar al Niño, pero éste la rechaza.

NIÑO.— ¡Ya no soy un niño! Yo también lancé una piedra a Moctezuma. [*Silencio.*]

MADRE.— [*Con ternura.*] ¿Tú también?

NIÑO.— Pero no di en el blanco; alguien tuvo mejor tino. [*Silencio.*]

MADRE.— Vete a dormir. Mañana será un día difícil.

NIÑO.— ¿Qué va a pasar?

MADRE.— [*Con pavor.*] No lo sé.

NIÑO.— [*Hablando despacio.*] Moctezuma acababa de morir.

HOMBRE.— [*Con gran sobresalto.*] ¿Cómo lo supiste?

NIÑO.— [*Sin emoción.*] Se lo oí a uno de los extranjeros, de esos que hablan de su Quetzalcóatl. [*Oscuro.*]

Escena IX. Madre sola

MADRE.— ¡Ay Quetzalcóatl, si alguna vez habitasteis estas tierras, tened piedad de nosotros! Mi hijo mayor a muerto, toda mi familia en la guerra y ya no son «verdaderos los corazones de nuestros amigos». Cuitláhuac, nuestro emperador, no ha muerto en el campo de batalla, sino de la peste negra que trajeron los extranjeros. Iluminad a Cuauhtémoc; poned vuestro brazo y vuestro saber sobre su conciencia, y que su corazón sea firme. ¡Cuidad a mi hijo! Es lo único que me queda. ¿Quetzalcóatl, no nos abandones! La ciudad está llena de cadáveres; no hay qué comer. ¡Dios de los extranjeros, no sé cómo llamaros; si también existís, velad por los míos, porque los pueblos pueden rehacerse, pero mi familia no! ¡No quiero quedarme sola! ¿Quién va a cuidar de mí? [*Oscuro.*]

Escena X. Madre y Viejo

VIEJO.— [*Entra a escena andando con debilidad.*] ¡Mujer! ¡Hija, ayúdame!

MADRE.— [*Corriendo a sostenerlo.*] ¡Está herido! ¡Déjeme ayudarlo! [*Lo sienta con dificultad.*]

VIEJO.— No es nada; aún no iré a habilitar la «región de los descarnados». ¿No tienes algo que comer?

MADRE.— [*Con violencia.*] ¿Por qué regresó?

VIEJO.— Tenía hambre y sed.

MADRE.— No hay un solo bocado en la ciudad, y el agua de los canales no se puede beber; está roja de sangre.

VIEJO.— [*Derrotado.*] Tenía la esperanza de comer aunque fuera un trozo de tortilla.

MADRE.— [*Con odio.*] ¿Quiere un trozo de carne humana?

VIEJO.— [*Escandalizado.*] ¡No! Eso sólo en honor a Huitzilopochtli.

MADRE.— Pensé que siendo cobarde...

VIEJO.— [*Cortando.*] ¡Mis brazos ya no respondían de tanto matar!

MADRE.— ¡Váyase a defendernos!

VIEJO.— Soy viejo, no puedes exigirme más. ¡Todo está perdido! Hasta Cuauhtémoc ha huido.

MADRE.— Váyase a morir como todos en batalla!

VIEJO.— ¡No me comprendes! «Todo nos va dejando», todo ha terminado, «en los caminos yacen dardos rotos; los cabellos están esparcidos, destechadas están las casas; enrojecidos tienen los muros; gusanos pululan por calles y plazas, y es nuestra herencia una red de agujeros».

MADRE.— ¡Aún deben estar mi hijo y mi esposo peleando en algún lugar!

VIEJO.— Si no han regresado, es que están muertos.

MADRE.— ¡No es cierto; ellos no son cobardes! ¡No quiero vivir si están muertos! Quédese si quiere, yo voy a morir con los míos. [*El VIEJO se incorpora y con gran dificultad la sigue.*]

VIEJO.— ¡Espérame! ¡Espérame! [*Pesadamente cae al suelo, y aún ahí se esfuerza inútilmente.*] ¡No me abandones!... ¡Tengo hambre! [*Oscuro.*]

Escena XI. El viejo, hincado, ora

VIEJO.— ¡Dios de los extranjeros, ayudadme! Yo os conocí en mi infancia, pero luego me olvidé de vos. ¡Nezahualcóyotl os adoraba y decía que erais el único Dios! Yo no creí en vos porque Nezahualcóyotl también pagaba sus impuestos con sangre humana. ¡Pero vos existís! Mi nieto tuvo una imagen vuestra en sus manos antes de morir. Yo nunca creí en vos, pero debéis ser muy poderoso, pues los extranjeros nos conquistaron en veinte lunas. ¡Quetzalcóatl, yo viví mi vida cara a la tierra, y ahora que soy viejo no puedo «dialogar con mi corazón» ¡Dios de Nezahualcóyotl! ¡Dios de Quetzalcóatl! ¡Dios de los extranjeros! Si de verdad existís, ¡Ayudadme! [*Oscuro.*]

Escena XII. Niño, Viejo y Xóchitl

La luz regresa y el Viejo esta aún tirado inconsciente, como en la escena X

NIÑO.— [*Maduro.*] ¡Abuelo! ¿Estás vivo? [*Lo mueve.*]

VIEJO.— [*Balbuceando.*] ¡Por ahí se fue!

NIÑO.— Déjame ayudarte [*Lo incorpora con dificultad.*]

VIEJO.— ¡Búscala!

NIÑO.— Requieres ayuda. Recárgate en mí.

VIEJO.— Tu madre te necesita.

NIÑO.— Si está viva tendrá que volver aquí.

VIEJO.— ¿Y mi hijo?

NIÑO.— Papá está muerto. Xóchitl lo vio.

VIEJO.— [*Sentándose con dificultad.*] Yo debería haber muerto en su lugar.

NIÑO.— [*Con desesperación.*] ¡No merecíamos este destino!

VIEJO.— Sí lo merecíamos. No supimos seguir a Quetzalcóatl y sembramos odio en todos los pueblos.

XÓCHITL.— [*Entrando con gran seguridad.*] ¡Sobrevivimos! No muchos pueden decir lo mismo.

VIEJO.— ¡Agua!

XÓCHITL.— Tengo un poco de agua y una tortilla. [*Lo ofrece.*]

VIEJO.— [*Bebe con fruición.*] Gracias. [*Xóchitl ofrece al Niño mientras el Viejo devora una tortilla.*]

NIÑO.— No quiero

XÓCHITL.— Anda, olvida los rencores, que ya tu padre está muerto. Cuauhtémoc ha caído prisionero. Lo atraparon huyendo, iba con su familia. Ahora ocupa el lugar de Moctezuma, y va a vivir el mismo destino. Si es que no lo matan antes. [*Transición.*] ¿Y tu madre? [*El Niño mueve negativamente la cabeza.*]

VIEJO.— ¡Se fue por ahí en busca de mi hijo [*Llora.*]

XÓCHITL.— [*Sin dolor.*] Pobre mujer, no lo encontrará vivo.

NIÑO.— [*A Xóchitl.*] Tú, cuida del abuelo, yo voy a buscar a mi madre.

VIEJO.— ¡No me abandones! ¡Pueden matarte! ¡No, espera!

El Niño ha abandonado la escena. Oscuro y pausa.

EPÍLOGO

El último creyente

Año 1 Caña, 1571

Todos los personajes cubren sus rostros con las máscaras funerarias, excepto el niño que la lleva en la mano.

NIÑO.— [*Con gran emoción.*] ¡Quetzalcóatl, estoy festejando por últimas vez el

nacimiento de nuestro siglo: Año 1 caña. La misma fecha en llegasteis y la misma en que nos abandonasteis hace muchos siglos; la misma en que llegaron los extranjeros hace cincuenta y dos años y la misma con la que hoy cierro este siglo. Lo comenzamos siendo libre y lo cerramos siendo esclavos. Entonces éramos felices; una familia completa: un padre fuerte y poderoso, una madre sencilla y religiosa, un hermano inteligente y artista, y un abuelo cariñoso y sabedor de historias. Ahora sólo yo existo.

El Niño se cubre el rostro con la máscara mientras el Joven se descubre y continúa el monólogo sin interrupción.

NIÑO-JOVEN.— Ya pronto seré un hombre. ¡Todos han muerto y pronto va también a morir vuestra memoria! De vuestros templos sólo queda el recuerdo de unas pocas piedras: ahora únicamente hay templos del nuevo Quetzalcóatl. Ya no me llamo... [*Se interrumpe.*] ¡Para qué decir mi nombre! Ya nadie lo recuerda. Ahora me llamo Santiago. ¡Quetzalcóatl, todo ha cambiado! Mi madre, mi abuelo y yo nos bautizamos; fue por miedo. ¡Perdonadnos! Mi madre llegó a ser una buena cristiana, pero mi abuelo al morir clamó a los dioses de nuestros padres. Yo voy a misa y comulgo, pero no he recibido el don de su fe, como dicen sus sacerdotes. ¡Quetzalcóatl, ayudadme! Si no sois tan poderoso, a lo mejor tenéis dioses que sí lo son; más poderosos que ese Cristo, al fin y al cabo a él lo crucificaron, y, al menos vos os incinerasteis. [*Pausa.*] La estrella de la mañana ha brillado y se ha ocultado muchas veces; sólo ella y yo sabemos de vos, ya nadie os ama.

El Niño-Joven se cubre el rostro con la máscara mientras el Niño-Hombre se descubre y continúa el monólogo.

NIÑO-HOMBRE.— [*El diálogo continúa sin interrupción.*] De los que conocí en mi infancia ya sólo vive Xóchitl; es una vieja; no conservó su belleza. Casó con un extranjero que la pensó virgen, y ahora sus hijos son ricos y poderosos. ¡No hay justicia! Mi esposa y yo somos pobres. Ella no cree en vos. A veces creo que mis dioses sí existen y que se van a ir vengando de la afrenta; si no Cortés no hubiera muerto en el olvido. Ese hombre pagó su crimen. ¡Quetzalcóatl, ayudadme! ¡Conservadme mi fe!

El Niño-Hombre se cubre el rostro con la máscara mientras el Niño-Viejo se descubre y continúa el monólogo.

NIÑO-VIEJO.— ¡Ya soy viejo, Quetzalcóatl! ¿Qué será de mi? Yo soy el último que creo en vos; cuando yo muera, nadie volverá a adoraros. Quetzalcóatl, ¿por qué acabamos así? Sé que no fuimos fieles; no perseveramos en vuestra ascética y no alcanzamos vuestra mística. Quetzalcóatl, ¿cuál es la chispa espiritual que puede encender una civilización? ¿Y cuál es la razón de que su flama se desvanezca? Esta nueva era que ha nacido, ¿durará para siempre? ¿Será mejor que tu era, Quetzalcóatl? ¿Llegarán nuestros descendientes a ser felices? ¿Alcanzarán un gran desarrollo? Quetzalcóatl, ¿dónde estás? [*Pausa.*] ¡Quetzal-

cóatl!

Se cubre con la máscara y, por un instante, percibimos a cinco figuras estáticas que nos recuerdan piezas arqueológicas. Oscuro total. Fin de la obra.

Monterrey, Nuevo León., 16 de octubre de 1975
New York, N.Y., 13 de agosto de 1978